

**NUEVA YORK, LA CIUDAD DE LA DIÁSPORA:  
«LATINOS» AQUÍ Y ALLÁ**

Juan Flores \*

La revista *New York* ha cambiado su nombre por el de *Nueva York*, al menos durante una semana. La palabra española de la portada del número correspondiente al 6 de septiembre de 1999 es un reclamo para los lectores del popular semanario y atestigua la actualidad de los asuntos – y las palabras – «latinas» entre el público contemporáneo en Estados Unidos. El tema de *Nueva York*, al fin y al cabo, es «la explosión “latina”», palabras éstas estampadas en letras blancas y amarillas sobre una insinuante fotografía de Jennifer López. La admirada actriz y cantante neoyorquina es sin duda la «miss Nueva York» de nuestra época: su cuerpo curvilíneo, con un gran crucifijo colgando provocadoramente sobre el amplio escote, ocupa toda la portada, y el artículo de fondo, titulado «La vida López» (en alusión a Ricky Martin), se propone explicar «*por qué Jennifer López, vedette del desfile del Día de Puerto Rico, novia (supuestamente) de Puffy Combs, imitadora de Selena, aspirante a ser Barbara Streisand y propietaria del trasero más famoso de Estados Unidos, podría ser la celebridad del futuro*». Antes de que te des cuenta, todos los neoyorquinos y todos los estadounidenses estarán «viviendo la vida loca» en las calles de Nueva York.

A medida que se acerca el fin del milenio, la fiebre «*latina*» está echando raíces en la cultura popular estadounidense a un ritmo sin precedentes en la prolongada historia de esa seducción continental. Casi todas las semanas hay un nuevo programa especial en los medios de comunicación, y no hay prácticamente ningún aspecto del ocio y de la vida pública – deportes, música, cine y televisión, publicidad, moda, alimentación – que permanezca

---

\* Phd em Sociologia, professor na CUNY-City University of New York.

ajeno a la enfática presencia hispanoamericana. La notoriedad no es un elemento nuevo del «ambiente "latino"» en la cultura *pop* estadounidense – pensemos en Carmen Miranda, Ricardo Montalbán o Desi Arnaz –, como tampoco lo es el «sabor» "latino" (*salsa y sabor*), un nuevo ingrediente en el famoso crisol, ya sea éste musical, sexual o culinario. Pero esas modas pasajeras y esa idea subliminal de otredad han saturado últimamente la esfera pública del *pop*, y lo «latino» ha alcanzado una ubicuidad y una prominencia tales que lo han convertido en un forjador de gustos y tendencias.

Bajo esta espectacular influencia cultural se ocultan grandes cambios demográficos y económicos que han tenido como consecuencia el crecimiento y la enorme diversificación de la población «latina» en Estados Unidos, de forma que prácticamente todos los países hispanoamericanos y caribeños tienen ahora una considerable presencia en muchas zonas, especialmente en las grandes aglomeraciones de Los Ángeles, Miami y Nueva York. A principios de los noventa, el *New York Newsday* editó un extenso suplemento titulado «The New Nueva York», y con esa expresión resumió el importante incremento y la drástica recomposición de la comunidad «latina» de la ciudad desde los años setenta. La afluencia creciente de dominicanos, mexicanos, colombianos, ecuatorianos y muchas más nacionalidades hispanoamericanas significa que el «Nueva York "latino"», sinónimo de puertorriqueño durante décadas, se ha vuelto panétnico hasta el punto de que los puertorriqueños, aunque siguen siendo el grupo más numeroso, constituyen ya menos de la mitad del total. En 1999, por tanto, ya era hora de que New York se convirtiera en Nueva York y de que la pujante población de lengua española disfrutase de su momento de gloria.

La notoriedad, sin embargo, puede servir tanto para iluminar como para oscurecer, sobre todo cuando se limita casi exclusivamente a formar parte de la imaginería comercial. En el caso de los «latinos» estadounidenses, la fama y la ostentación es claramente uno de esos espejismos que sirven para camuflar eficazmente la desigualdad estructurada y la dominación que explica su realidad diaspórica, y que al mismo tiempo distraen la atención del público de la triste realidad social de la mayoría de los «latinos». El éxito espectacular de unos pocos sólo sirve para enmascarar la

realidad del racismo, la miseria económica y la inferioridad política que padecen la mayoría de los «latinos», quienes emigraron al norte desde sus países natales a causa de las persistentes desigualdades a escala nacional y internacional.

Pero la avalancha «latina» ha creado un «gigante dormido», un monstruo demográfico y cultural cuyo inmenso potencial económico y electoral empieza a ser aprovechado ahora y que, si se despierta, puede desbaratar el delicado equilibrio necesario para la prolongación del «siglo yanqui». El miedo y la fascinación se mezclan con una sensación de premonición, un alarmismo acerca de la amenaza inminente que constituyen supuestamente los «latinos» para la unidad de la cultura estadounidense y para el destino de la nación. Una parte esencial de este pronóstico – repetido como un mantra cuando el debate público aborda el «oscurecimiento de Estados Unidos» – es la identificación de los «latinos» con «la minoría de crecimiento más rápido», el grupo que lleva camino de desbancar en número a los negros en la primera década del nuevo milenio. El miedo a una «nación extranjera» – título de un reciente libro xenófobo sobre la inmigración – encubre a duras penas una fobia aún más intensa, el miedo a una mayoría que no sea blanca. Y todo esto sin mencionar al siguiente gigante dormido: el «peligro moreno» pronto será eclipsado por el «peligro amarillo», pues los asiáticos superarán en número tanto a los negros como a los hispanoamericanos a mediados de siglo en Estados Unidos.

Tales cálculos, sin embargo, dejan muchas preguntas sin resolver a la hora de evaluar las relaciones políticas y culturales que predominan en la sociedad actual; dan por sentada la equivalencia sociológica de los diversos grupos «minoritarios», en este caso «latinos» y negros, como si dos conjuntos distintos de poblaciones inmigrantes y colonizadas estuviesen en la misma situación histórica y constituyesen el mismo tipo de asociación colectiva, como grupo unificado, dentro de los Estados Unidos, en función de su común ascendencia africana y su historia de esclavitud. Naturalmente, los negros, como cualquier otro grupo, hace tiempo que se han ido disgregando en función de la clase social, el sexo, el color, la situación geográfica y otras circunstancias, pero las fisuras en el mosaico «latino» saltan a la vista en cuanto dejamos atrás el despliegue publicitario

y los censos optimistas, y llevamos a cabo una análisis comparativo mínimamente riguroso. Incluso los elementos comunes como la lengua y la religión, por ejemplo, resultan engañosos a la luz de los millones de «latinos» que no son católicos ni de lengua española. Aparte de eso, es ciertamente un ejercicio sociológico espurio el meter en el mismo saco, por un lado, a puertorriqueños y mexicanos, cuya situación en la sociedad estadounidense está condicionada por legados de conquista y colonización, y por otro a inmigrantes y súbditos de otros países hispanoamericanos que llevan relativamente poco tiempo en Estados Unidos. Las diferencias socioeconómicas, educativas y empresariales son enormes, como también lo son las que tienen que ver con la raza y la cultura nacional.

Lo que no hace Junot Díaz ni ningún otro columnista en las páginas de *Nueva York* es mencionar la más importante de las «supresiones» inherentes a la nominación panétnica: la relación de los «latinos» con la negritud, y en concreto con la negritud estadounidense. Si bien el concepto de «latino» implica generalmente otredad, «gente de color» y no-blanca, la historia de la categorización social ha ido adulterando selectivamente la cuestión, y muchos medios de comunicación aceptan, o fomentan, la idea de compatibilidad con lo blanco; los rostros «latinos» destinados a llegar al gran público – ya se trate de Daisy Fuentes, Keith Hernández o Chita Rivera – están situados sin lugar a dudas en la zona más clara del espectro. El elemento implícito de la nueva notoriedad «latina», y del inminente desplazamiento de la comunidad negra como minoría más numerosa, es la supremacía de una minoría no-blanca. Para aplacar los temores de una invasión desde el sur está el consuelo de que al menos su presencia no supone tener que tratar con más almas negras.

Pero la experiencia social nos dice lo contrario. La creciente «catalogación racial» y las oleadas de brutalidad policial van dirigidas contra los negros y contra los «latinos», sin sutiles distinciones de color, pues lo cierto es que en muchas zonas urbanas deprimidas no existe tal diferencia y resulta imposible «distinguirlos». Lo que la versión consumista y hegemónica de lo «latino» pretende ocultar es que muchos «latinos» son negros, sobre todo ateniéndose los baremos que se aplican en Estados Unidos. Y, lo que es más, mientras que esta versión tiende a aproximar a los «latinos» a lo blanco – muy en consonancia con el bagaje racista de los países hispa-

noamericanos y caribeños –, en la calle y en las principales instituciones sociales lo «moreno» es sospechoso por parecerse demasiado a lo negro.

En Nueva York, donde la presencia latina sigue siendo principalmente caribeña, esta oposición a lo negro resulta cuando menos desconcertante, y muchos jóvenes puertorriqueños y dominicanos han reaccionado reafirmando su pertenencia a una especie de diáspora africana. De hecho, en el caso de los puertorriqueños, esta perspectiva implica no sólo una insistencia en la herencia afroboricua, sino también, debido a las décadas de relación con los negros neoyorquinos, una identificación y una solidaridad con los negros que no tiene precedentes en la historia de la «nación de inmigrantes». La expresión cultural en todos los ámbitos – desde el lenguaje y la música hasta la literatura y las artes visuales – muestra fusiones y entrecruzamientos, fascinaciones y emulaciones mutuas que han producido gran parte de lo que identificamos, por ejemplo en el terreno de la música popular, con el *jazz*, el *rock and roll* y el *hip-hop*. Desde el punto de vista colectivo, y como reflejo de experiencias sociales más amplias, esta realidad demográfica y esta historia cultural conjunta desmienten la existencia de un muro divisorio entre los «latinos» y los negros.

Esta «doble conciencia» latina entre puertorriqueños y otros caribeños se remonta en la vida intelectual a las contribuciones del bibliófilo y coleccionista puertorriqueño Alfonso Schomburg durante el Renacimiento de Harlem, en historia de la música al menos a los años cuarenta con los inicios del *jazz* «latino», y en literatura a los escritos de Jesús Colón en los años cincuenta y a la novela de Piri Thomas, *Down These Mean Streets*, de 1967. En nuestra época, la juventud «latina» colabora estrechamente con la juventud negra en la creación de nuevas corrientes de *hip-hop* y otros estilos expresivos. En un poema muy citado, «Blues negrorriqueños», el neoyorquino Willie Perdomo trata una vez más los dilemas interraciales puestos de manifiesto treinta años antes por Piri Thomas, y concluye con estos dramáticos versos:

¡Soy sudaca!  
¡Soy negro!  
¡Sudaca, sudaca! ¡Igualito que un negro!  
Abandonado, rechazado, oprimido y deprimido.

Desde los barcos bananeros hasta las casas de vecinos,  
 desde las bandas callejeras hasta los cuarteles...  
 ¡Sudaca! ¡Sudaca! Igualito que un negro.

De manera similar, «Mariposa» (pseudónimo de María Fernández, artista de la palabra hablada) se opone a que la llamen «escritora "latina"», como pretende el mercado literario actual, recordando a su público que «*yo misma me siento más unida a mis hermanas [escritoras de origen africano] que, por ejemplo, a poetas chicanas como Sandra Cisneros o Lorna Dee Cervantes*».

Sin embargo Mariposa no cree que esta relación con los negros estadounidenses esté en conflicto con sus orígenes puertorriqueños. Antes al contrario, en su poema «Oda a los diasporriqueños», ella menciona su «pelo vivo» y sus «manos trigueñas» como muestra de su identidad nacional, y clama contra los que se avergüenzan de dicha identidad:

Algunas personas dicen que no soy auténtico,  
 es decir, boricua,  
 porque no nací en la isla encantada,  
 porque nací en tierra firme...  
 porque jugaba en un patio de cemento,  
 porque mi Río Grande de Loiza era el Bronx River,  
 porque mi Fajardo era City Island,  
 mi Luquillo, Orchard Beach,  
 y las noches de verano escuchaba los ruidos de la ciudad en  
 vez de los coquíes,  
 y Puerto Rico era sólo un paraíso que veíamos en las fotos.  
 ¿Qué significa vivir en medio...?

Mariposa da voz así a los sentimientos de muchos jóvenes puertorriqueños, y de muchos «latinos» en general, que se rebelan contra esa interpretación social y territorialmente limitada de la identidad cultural. El lugar de nacimiento y la experiencia inmediata no determinan definitivamente la pertenencia a una cultura, que en este sentido depende ante todo de la experiencia social y política, así como de la elección personal. «No nací en Puerto Rico», exclama Mariposa en el estribillo, «Puerto Rico nació en mí».

Como demuestran estos ejemplos, las actuales identidades sociales apuntan simultáneamente en varias direcciones, uniendo a los individuos y a los grupos mediante vínculos que parecerían mutuamente excluyentes si hiciéramos caso de los modelos comerciales e ideológicos de los medios de comunicación. El paréntesis de la revista *Nueva York, New York* como publicación orientada a los «latinos» empequeñece los horizontes culturales de la experiencia «latina» al reivindicar su diferenciación categórica con respecto a la negritud, y también al desvincular la cultura «latina» estadounidense de sus orígenes hispanoamericanos y caribeños. No sólo se trata a las celebridades «latinas» como intercambiables en su trasfondo colectivo, sin que en toda la revista no se hace mención alguna de México, Puerto Rico, Cuba, la República Dominicana o Colombia, salvo como potenciales ampliaciones del mercado estadounidense. Además, no se habla de la emigración masiva desde esos países, ni de las relaciones históricas con los Estados Unidos que han generado los modernos movimientos migratorios, como el origen transnacional de la propia presencia y situación de los «latinos» en la sociedad estadounidense.

La situación global en la actualidad nos incita a superar estos puntos de vista tan limitados con respecto a la cuestión cultural, a los que bien podríamos llamar «identidades étnicas de consumo». La comunidad «latina» es más un proceso que una entidad social concreta, y su formación implica interacciones complejas y a menudo convergentes con otros grupos no-«latinos», como los negros y los indios. Pero la idea de lo «panlatino» implica necesariamente lo «translatino», la participación de los «latinos» estadounidenses en la composición de diásporas culturales y políticas de proporciones regionales y universales. La interdependencia de las antiguas y las nuevas «patrias», la constante influencia de la política estadounidense en las circunstancias vitales de hispanoamérica, impulsan cada vez a más «latinos» a cruzar la frontera y resuenan con fuerza en la vida cotidiana de todos los «latinos». Pero, más allá de esos vínculos geopolíticos directos, el despertar de la conciencia cultural lleva a los «latinos» a pensar en otras diásporas más abstractas pero no por ello menos pronunciadas, especialmente la identidad transnacional indígena y «atlántica negra».

El «nuevo Nueva York» está repleto de innovadoras posibilidades culturales y, como nuevo hogar de tantas personas procedentes de tantos países hispanoamericanos, ahora se presta a la reinención de América. Un siglo después de las proféticas reflexiones de José Martí acerca de los límites de «nuestra América», estamos ahora en disposición de conceptualizar la propia «América» en su contexto mundial y los múltiples aspectos de una identidad «americana» como coordenadas de radicales reorganizaciones transnacionales. El hecho de que la «explosión "latina"» despierte tanto interés en Estados Unidos, las exageraciones y el despliegue publicitario generados por «la vida loca», son sólo un indicio de un cambio profundo en los asuntos humanos, un cambio que nos hará preguntarnos, con Mariposa, «¿qué significa vivir en medio?».